



Quando nuestros opresores tenían ordenada su usurpacion de tal modo, que ya no podíamos escapar de su abominable yugo sino por medio de un sacudimiento político; entonces los predicantes que traían consigo empezaron á ponerse delante todos los horrores de la revolucion francesa. "Si un pueblo, decían, tan culto y tan ilustrado, despues de tantos años de agitacion y de sangre ha tenido que ponerse en manos de uno solo para que le mande á su arbitrio; vosotros tan ignorantes y atrasados ¿sereis mas felices? Escarmentad en nuestras desgracias, y tomad el sabio partido que hemos tomado nosotros. No os dexeis llevar de las vanas ilusiones y falsos principios de las teorías filosóficas: la experiencia os demuestra quán funestos han sido sus delirios, y quán débil su fundamento. La naturaleza humana no da otra cosa de sí: sed esclavos como nosotros, y sereis igualmente felices."

A tanto llegan la sofistería y la impudencia. ¿Con que porque una Nacion frívola, frenética é inconsiguiente no haya acertado á sacar partido de su revolucion; porque haya tenido la desgracia de no poner al frente de su Gobierno sino personajes ó ineptos ó abominables; porque en fin haya caído en las garras de un déspota, las demas han de ser condenadas á sufrir todos los males de un mal gobierno, y de la tiranía y lo que es peor, han de ser amarradas al mismo yugo que el pueblo frances? Escarmentemos los españoles en la revolucion de aquel país; pero sea para no dar oídos á las charlatanerías políticas, á las promesas falaces de la hipocresía ambiciosa, á las agitaciones del frenesí. Sea para nosotros la revolucion francesa como los despojos de las naves destrozadas en los baxios; que enseñan al navegante á alejarse de los escollos peligrosos, pero no le distraen de su camino.

Nunca los principios de la buena filosofía política han recibido una sancion mas solemne y mas augusta que la que les dan los sucesos presentes. Causada la Francia de agitaciones intestinas, deseando la paz, y no acertando á executar prudentemente las leyes que establecía, se abandona al hi ócrita detestable que la prometia tranquilidad y prosperidad dentro,

paz é independencia fuera. ¿Qué ha ganado con entregarse, sin reserva y sin defensa, á la voluntad de un tirano armado? El sosiego que goza interiormente es el sosiego de las cárceles, donde los presos estan quietos á mas no poder: arrastrada fuera de sus límites naturales, por la voluntad caprichosa de su opresor, derrama la sangre de su juventud, se despuebla por los intereses de una familia sola, y es la exécrecion de todas las Naciones cometiendo una clase de crímenes, que por inauditos y atroces no cabrian en la credulidad humana, si no fuera todo posible en la insurpacion y en la tiranía.

Nuestros padres sucumbieron en la contienda gloriosa que empeñaron para defender sus fueros y libertades; y nos legaron la arbitrariedad monstruosa que, cimentada por tres siglos de sufrimiento de una parte, y de usurpaciones é injusticias de otra, nos ha traído al punto de estar veinte años aguantando la insolencia de un Godoy, para vernos despues en el riesgo de ser presa de un Bonaparte. Así á la peste sucedia el incendio.

Nunca pues, repetimos, los principios de la verdadera política han tenido una demostracion mas completa que en el dia: nunca se ha visto mejor que la desgracia, el oprobrio y los crímenes de los pueblos no tienen otro origen ni otra fuente que el poder arbitrario. Si la Francia estuviera regida por leyes, no estaria atormentando á la Eucopa: si las Naciones, á quienes ha asaltado en su delirio, hubiesen sido verdaderamente Naciones, la hubieran facilmente contenido: envistió en España con un gobierno estragado y corrompido, y le devoró; mas la Nacion de repente tomó forma de tal, el Pueblo quiso y pudo ser algo, y los satélites armados de la tiranía tienen que dexar su presa al instante, y abandonar el centro de la Monarquía, huyéndose á las fronteras.

Sin intentar por ahora deslindar los verdaderos límites de las voces; ó para nosotros, *poder absoluto, poder arbitrario, tiranía, despotismo*, son una misma cosa. El tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad para someterla á sus pasiones propias, y así la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia. Quando los administradores del poder sustituyen sus pasiones á las leyes naturales y á los intereses de la sociedad; quando se hacen árbitros de los bie-

nes, de la libertad y de la vida de los súbditos; quando prodigan sin necesidad absoluta la sangre y los tesoros del pueblo; quando hacen callar las leyes para los unos, y se sirven de ellas para oprimir á los otros; quando privan al mérito y á la virtud de las recompensas que se les deben, para concederlas á la ineptitud ó al vicio; quando en fin pretenden mandar una Nacion contra su voluntad, entonces ya no son ni gobernantes ni administradores: son verdaderos tiranos, enemigos del bien público y del Estado, puesto que sus procedimientos son enteramente contrarios al bien de la sociedad, que es el objeto esencial y único de la institucion de todo Gobierno.

En vano los fautores de este poder iniquo fundán sus derechos en una posesion antigua y no interrumpida, en el silencio de los pueblos, en un exercicio no disputado por muchos siglos, en prerogativas concedidas á veces por el cuerpo mismo de la Nacion. La violencia, la opresion, la credulidad, el temor, la imprudencia llegan frecüentemente á adormecer los pueblos, á fascinar su entendimiento, á quebrar en ellos los resortes de la naturaleza; pero quando por favorables circunstancias abren los ojos, y oyen la voz de la razon, quando la necesidad los fuerza á salir de su letargo, entonces ven que los pretendidos derechos de sus tiranos no son sino efectos de la injusticia, de la fuerza, ó de la seduccion; entonces es quando las Naciones, acordándose de su dignidad, ven que ellas no se han sometido á la autoridad sino para su bien, y que jamas han podido dar á nadie el derecho irrevocable de hacerlas infelices.

Los Gobiernos militares degeneran pronto ó tarde en despotismo. Toda Nacion, á quien su posicion, ó la voluntad de su gefe obligue á mantener en pie grandes exercitos, no tarda en ser subyugada. Así es que desde el momento en que los intereses de los exercitos estan separados de los del pueblo, todo es perdido. Los soldados amoldados por el rigor de la disciplina á una ciega obediencia, son enemigos naturales de la libertad agena; y la costumbre que tienen de la violencia y la matanza no les dexa reconocer otro derecho que la fuerza, ni otra ley que la voz fierá y bronca de sus oficiales. El mudo imperio de la ley civil, que influye en el resto de los ciuda-

danos, es nulo para ellos; y á la menor señal del déspota que los manda, con igual barbarie se arrojan sobre sus compatriotas que sobre sus enemigos. Tales son, tan viles, tan odiosos parecien á los ojos de la razon y de la justicia esos soldados franceses; y á tal extremo de degradacion han llevado una profusion, la mas noble y grande de la tierra, quando se contiene en los límites de su institucion sublime.

Mas sea que el poder arbitrario se funde en las usurpaciones del poder militar, sea que nazca del descuido, de la exaltacion ó de la ignorancia de los pueblos, sus efectos son siempre mortalmente perniciosos á las Naciones, y al fin acaban por disolverlas. Si es cierto que la fuerza y prosperidad de un Estado se componen de los sacrificios que cada ciudadano hace para conservar y aumentarle, ¿qué especie de amor al bien público se pretende que puede haber en un país de tirania? ¿qué interes puede animar á los vasallos del despotismo? ¿combatirán por las leyes? no las tienen. ¿Por sus posesiones? todo es del tirano. ¿Por su seguridad? los déspotas no la dexan á nadie. ¿Por la gloria? no hay gloria para esclavos. De padres á hijos cunde la degradacion y la infamia; y el corazon que se llena de respeto y de temor delante de qualquiera Visir ó Favorito, no puede abrigar en sí aquella llama noble y generosa que, ardiendo en el pecho de los verdaderos ciudadanos, hace grande á una Nacion, y temible á sus enemigos.

Algunos han dicho que la administracion de justicia es mas vigorosa y pronta en los países donde domina el poder absoluto; porque los tiranos, añaden, quieren la justicia por todos menos por su casa. Es cierto que algunos déspotas hábiles han tenido el acierto de seguir esta máxima, ordinariamente en los principios de su administracion, para dar ese mayor cimiento á su poder usurpado. ¿Pero cuántos déspotas hay que sean hábiles? El poder tiránico que se funda en la estupidez de los que obedecen, hace despues estúpidos á los que manda. Generalmente hablando, y prescindiendo de casos particulares que nada prueban, ¿qué especie de justicia puede dimanar de una autoridad fundada en la tirazon? Registrense las leyes que gobiernan á semejantes estados: ¿qué muchedumbre inmensa se verá, qué sárrago, qué obscuridad, qué con-

tradiciones, qué caprichos, qué olvido en todas partes de las primeras nociones de la equidad natural! Así es que se eluden con astucia, se quebrantan con descaro, se interpretan con capricho; y la administración de justicia en tales países, no viene á ser otra cosa que el ejercicio de una caprichosa voluntariedad, que desde el Trono se extiende por todos los agentes del poder judicial hasta el último alguacil, el qual en su esfera no dexa de ser un tiranuelo abominable.

Las buenas costumbres y las virtudes privadas pudieran suplir ó compensar esta falta; pero á tiranos injustos é inmorales, rodeados por lo comun de cortesanos viles, de charlatanes y delatores, ¿qué importan las costumbres de sus esclavos? Baxeza y complacencia son las solas virtudes que les piden. Si en aquella esfera de corrupcion se presenta un hombre virtuoso, y de nobles pensamientos, ¿con qué aversion se le mira, con qué desprecio se le trata! Como planta extranjera en terreno viciado, se seca al instante y se marchita; y los satélites del déspota, si no pueden corromperle, ó le alejan como aborrecible, ó le persiguen como sospechoso. Agradar á los que disponen de todo, venderles su honor, sus sentimientos y sus talentos, procurar levantarse por medio de intrigas y baxezas, enriquecerse, comprar cómplices y protectores, y ponerse en disposicion de seguir cada uno sus pasiones sin temor de los demas; tal es la moral que conviene á los cortesanos de un déspota, cuya esencia consiste en ser viles y perversos.

¿Qué será de las costumbres quando la disolucion está sentada en el trono, y se abandona á sus excesos con todo el frenesí de su poder? A Dios candor, buena fe, sosiego y regularidad doméstica, pudor en las mugeres, pundonor en los hombres. El viento pestilente de la corrupcion agosta en un instante toda la moral privada. El honor y la inocencia se venden: el vicio los compra; y la belleza y las gracias se ponen en tráfico con los empleos y los honores. Entonces es quando en las salas de Audiencia se manifiestan á la vista, como en mercado, los atractivos femeniles iluminados por la ambicion y la codicia: allí el hermano lleva á su hermana, la madre á la hija, el marido á la esposa, el amante á su amada.

El Sultan pasa. .. Mas séparemos la imaginacion de esta pintura ignominiosa: estremezcámonos de lo que hemos visto, y demos gracias al cielo de que el golpe no ha venido tan tarde que el desórden no pueda tener remedio.

Si de esta degradacion moral se ponen los ojos en las fuentes de la prosperidad pública, los mismos efectos se ven, el mismo aniquilamiento, el mismo estrago. La fantasia caprichosa del Señor, y la sed de oro insaciable que abrasa á sus ministros devoran sin cesar y sin compasion toda la substancia de los súbditos, y todos los recursos de la fuerza pública. A nuevos antojos, vexaciones nuevas. El labrador, á quien no rinde su trabajo, ni un triste mal pasar, abandona, quando puede sus tierras, y se refugia á las ciudades, donde halla modos mas fáciles de subsistir. Los campos, ya desamparados por esta causa, se acaban de despoblar con las guerras caprichosamente declaradas, tiránicamente sostenidas, y de ordinario mal dirigidas. Estas arrañan al arado los pocos brazos que le restaban; y la tierra no puede contar mas que con unos pocos colonos, que pálidos, rotos y consumidos de fatiga, apenas ganan con ella de que subsistir, para que su sudor resplandezca, convertido en oro y pedrerias, en los palacios y en los vestidos del tirano indolente, y de sus cortesanos. Otro tanto puede decirse de la industria y del comercio. ¿Cómo podrán progresar en un pais donde á cada paso los comestibles se alzan, la circulacion interior se obstruye, y los privilegios exclusivos amontonan en pocas manos la riqueza y los productos?

El fundamento principal de este poder tan repugnante á la naturaleza, tan contrario al interes general de la Nacion, y al particular de los individuos, consiste en la ignorancia. La ignorancia embrutece á los pueblos, y les hace mirar por derecho la usurpacion, y por deber la servidumbre: los opresores parecen de una naturaleza superior, hechos para mandar y gozar, mientras que ellos nacieron para obedecer y sufrir. Asi es que nada temen tanto los tiranos como la ilustracion, y se contemplan tan feos que quieren siempre rodearse de tinieblas. No hay que buscar en estos paises ni la conveniencia y prosperidad que proporcionan las ciencias, ni la perfeccion moral que resulta de las letras, ni el brillo de las bellas artes. Es

cierto que algunos déspotas, inconsiguientes en esto con sus principios y su posicion, han favorecido este ó el otro ramo de conocimientos; pero son siempre aquellos que menos relacion tienen con la nobleza y belleza de los sentimientos morales: aun su favor, si ha contribuido á desenvolver ciertos talentos en las artes, los han hecho servir por otra parte á monumentos de adulacion y de orgullo; de modo, que estos monumentos son á un tiempo, por diferentes aspectos, la gloria y el oprobrio del espíritu humano. Mas este favor, sea qual fuere, es siempre una anomalia: nunca pasa de un reyrado, y al instante las luces, desahudadas ó perseguidas, se degradan, se corrompen y se apagan. Ni puede ser de otro modo: por una parte la observacion de la naturaleza física, y los conocimientos útiles que de ella dependen, sin embargo de contribuir tanto á la riqueza y prosperidad de los pueblos, son tratados por los tiranos ignorantes de inútiles y vanas teorías. En los otros ramos de ilustracion ¿qual es el que puede el déspota proteger, sin inconveniente para si mismo? ¿será la moral? esta enseña á conocer sus vicios. ¿La política? pone de manifesto sus usurpaciones. ¿La economia? le echa en cara su loca rapacidad. ¿La eloqüencia, la poesia? si cumplen con su instituto fulminarán rayos y relámpagos contra él, y excitarán los ánimos á sacudir sus cadenas.

No hay pues gloria, virtudes, justicia ni leyes, no hay prosperidad ni abundancia donde manda el poder arbitrario. La tierra entera da testimonio de esta verdad eterna en la despoblacion y miseria de las regiones condenadas á sufrir su tiránico yugo. ¿Qué se han hecho las fértiles llanuras del Asia, las ricas producciones del Egipto, la fecundidad de las costas berberiscas? La ignorancia estúpida á que su religion y sus costumbres las condenan, las mantiene en ese estado miserable de donde no saldrán sino á fuerza de sangre y de prodigios. En Europa misma, donde las costumbres y las luces deberian tener, al parecer, en mucho mejor situacion á los hombres, casi todos los Estados se resienten del mortífero influxo del poder absoluto. ¿Saca esta parte del mundo todo el bien que pudiera de sus adelantamientos y de su superioridad? No ciertamente: y su civilizacion tan decantada no ha contribuido á

otra cosa sino á mitigar la forma del despotismo, el qual por eso no dexa de existir realmente.

Es cierto que un buen Rey suple á veces por una constitucion; pero seria preciso, para no necesitar de ella, que el Monarca sabio y justo durase tanto como el Estado. Que Antonino ó Marco Aurelio gobiernen siempre el mundo, y no será necesario limitar sus facultades; pero muertos ellos ¿quien defenderá la obra de su sabiduria contra los atentados de Commodo? Desengañémonos: los Príncipes virtuosos no quieren cargarse con la inmensa responsabilidad que el poder arbitrario lleva consigo. Acordémonos que Trajano, el Monarca más perfecto que tal vez ha habido en la tierra, dixo al Prefecto del Pretorio entregándole la espada, señal de su dignidad: *Toma esta espada para defendermos, si gobiernamos segun las leyes; para castigarme, si obro contra ellas.*

Es pues injusto el ejercicio del poder absoluto, porque una voluntad sola se arroga el derecho de contradecir á las demas: es una tiranía y una usurpacion, porque priva á los hombres violentamente de los derechos esenciales, sagrados é imprescriptibles que les corresponden. Un gobierno de esta especie no es gobierno; es un abuso, un desorden; es la guerra de uno solo contra todos. Para ser Soberano absoluto seria necesario ser soberanamente sabio, y querer ejercer con fuerzas y potencias limitadas un poder ilimitado es pretender lo que naturalmente no puede ser.